

**TERESA DE JESUS, EXPERIENCIA DE DIOS Y
REALISMO HUMANO**

Camilo Maccise O.C.D.

Los santos son encarnaciones del Evangelio y, en este sentido , son modelos e inspiración para los cristianos de todas las épocas. A condición de no absolutizar sus experiencias y, sobre todo, a través de un esfuerzo de relectura de su doctrina, los santos cuestionan nuestra existencia cristiana y nos recuerdan las exigencias profundas del seguimiento de Jesús en la historia.

Releer la experiencia y la doctrina teresiana a partir de nuestras categorías y preocupaciones latino-americanas puede ser una fuente de inspiración y de luz que provienen del Evangelio vivido en un contexto determinado, pero siempre con fidelidad y con aquellas intuiciones proféticas que Dios comunica a sus amigos.

Santa Teresa ofrece experiencia más que nociones abstractas. Por ello es posible considerarla como un *modo de ser*, más que como un ideal; como una *actitud espiritual y práctica*, más que como un modelo que hay que imitar materialmente. Es precisamente esto lo que la hace actual, a pesar de que nuestras circunstancias

sean muy diversas de las suyas y nuestras preocupaciones no coincidan con las de ellas. Su modo de relacionarse con Dios, con el hombre y con el mundo constituye un "espíritu" que invita a una praxis en las circunstancias de nuestro tiempo.

Las siguientes reflexiones son un esbozo de algunos capítulos de un pequeño libro que preparo sobre el mensaje terasiano releído desde América Latina. En él tomo como punto de partida el mundo actual con las características latinoamericanas en aspectos fundamentales de la experiencia cristiana. Desde ellos voy a la experiencia teresiana, no para buscar una coincidencia material forzada, sino para percibir en su *estilo* de vivir el evangelio una luz orientadora que nos ayude en nuestra búsqueda y en nuestro caminar humano y cristiano.

I. UN ENCUENTRO CON EL JESUS DE LA HISTORIA

Puebla proclamó en su *Mensaje a los pueblos de América Latina*: "Dios está presente en el corazón de América Latina por *Jesucristo liberador*... creemos en el poder del Evangelio... Creemos en la gracia y en el poder del Señor Jesús" (n. 9).

Por otra parte, el Documento de Puebla señaló que existe un esfuerzo por presentar a Cristo como Señor de la historia e inspirador de un verdadero cambio social (n. 174) y anunció a Jesús de Nazareth que comparte la vida, las esperanzas y las angustias de su pueblo mostrando que él es el Cristo. El anuncia y realiza el Reino, funda la Iglesia y está vivo, presente y actuante en la historia (nn. 176-177).

La experiencia de Cristo está siempre condicionada por el contexto histórico en el que se vive y por el lugar social en el que uno se encuentra. En América Latina Jesús emerge como liberador en los caminos de

búsqueda de una liberación integral que se va anticipando en las liberaciones parciales e imperfectas de la historia. Desde esa perspectiva Jesús aparece cuestionando nuestra existencia desde las circunstancias en las que él vivió las consecuencias conflictivas y dolorosas del anuncio del Reino de Dios. También allí se hacen presentes las exigencias de un seguimiento de Cristo como comunión de vida y de destino con El.

La espiritualidad de Santa Teresa tiene un eje en torno a la cual gira: la experiencia de Cristo. Ella parte de la lectura y reflexión del Evangelio. A través de esta lectura y meditación descubre la humanidad de Cristo y su papel central en la historia de la salvación. A este propósito escribirá dos capítulos polémicos contra los autores espirituales de esa época que consideraban la humanidad de Cristo como un obstáculo para los que habían que detenerse exclusivamente en la divinidad (*Vida* c. 22; *Moradas* VI, c. 7). En el capítulo 22 del libro de su *Vida* escribe, entre otras cosas:

"Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes... mirando su vida es el mejor dechado" (n. 7).

"No procurar con todas nuestras fuerzas traer delante siempre... esta sacratísima Humanidad, esto digo que no me parece bien, y que es andar el alma en el aire, como dicen" (n. 9).

"Es gran cosa mientras vivimos y somos humanos, traerle humano" (Ib.).

"Es muy buen amigo Cristo, porque le miramos hombre y vemosle con flaquezas y trabajos, y es compañía; y habiendo costumbre, es muy fácil hallarle cabe s" (n.10).

Teresa coloca a Cristo en la historia y su oración se centra en El contemplado en su vida terrena como maestro y modelo:

"Yo sólo podía pensar en Cristo como hombre... como no podía discurrir con el entendimiento procuraba representar a

Cristo dentro de mí, y hallábeme mejor -a mi parecer- de las partes a donde le veía solo; parecíame a mí que, estando solo y afligido, como persona necesitada me había de admitir a mí" (*Vida 9,4*).

Seguir a Jesús es para Santa Teresa compartir su destino:

"Todos llevan sus cruces, aunque diferentes; que por este camino que fue Cristo han de ir los que le siguen" (*Vida 11,5*).

Este encuentro teresiano con el Jesús de la historia no sólo se realiza en forma extraordinaria sino, sobre todo y principalmente, a través de la fe. Jesús en su vida terrena es para ella el libro vivo en el que descubre los caminos de Dios. De su comunión con Cristo saca la fortaleza para servirlo en los hermanos aceptando los trabajos y las fatigas de las fundaciones de sus monasterios.

La experiencia cristológica de Santa Teresa es iluminadora para los cristianos que en América Latina se comprometen en una evangelización liberadora como exigencia de su seguimiento de Jesús.

II. LA EXPERIENCIA DEL DIOS VIVO, UNICO ABSOLUTO

Hablando de las tendencias de la vida religiosa en América Latina, el Documento de Puebla menciona en primer lugar una *experiencia de Dios* en la vida y para la vida (727). Por otra parte, invita a saber descubrir el rostro sufriente de Cristo que nos cuestiona e interpela en los rostros concretos de la vida real (31).

Ya el Vaticano II invitaba a tener una actitud contemplativa que llevara a descubrir a Dios en los acontecimientos, a contemplar a Cristo en todas las personas, a buscar la voluntad del Señor en la vida concreta (cf. *Apostolicam Actuositatem*, 4).

Vivimos en un mundo que enjuicia críticamente nuestras representaciones de Dios. Su existencia es cuestionada por muchos. En América Latina no se acepta la idea de un Dios que preserve un tipo de sociedad injusta y discriminatoria. Es difícil concebir allí existencialmente al Dios cristiano. También, con razón, se menciona la experiencia de Dios en compromiso cristiano con la liberación.

La experiencia cristiana de Dios, revelado por Jesucristo, se abre paso en nuestra existencia limitada. Poco a poco lo vamos comprendiendo como el Dios vivo, el único absoluto, el que libera de toda esclavitud, el Padre lleno de bondad y misericordia. Igualmente, la experiencia de Dios va apareciendo como un camino de purificaciones continuas de las imágenes que nos formamos de El.

La experiencia teresiana de Dios es muy actual porque no es una experiencia hecha de sensiblería. Todo lo contrario. Es la experiencia del Dios de N.S. Jesucristo, trascendente y cercano, único absoluto.

Los caminos que Teresa sigue en su experiencia de Dios son fundamentalmente tres: la creación, ella misma, la historia.

Ante todo descubre la huella del Señor en las criaturas y, a través de ellas lo busca y lo encuentra. Es proverbial su amor por la naturaleza: campo, agua, flores, animales que la "recogían y servían de libro" para hallar un recuerdo del Creador (cf. *Vida* 9,5). Invitará, en más de una ocasión, a considerar las maravillas de Dios en las criaturas y a buscarlo en ellas. Pero, sobre todo, insistirá en que Dios está dentro de nosotros y que allí lo podemos encontrar (cf. *Vida* 10,1; *Camino de Perfección*, Códice Escorial, 50,1). Por todo ello, el proceso de crecimiento en la vida cristiana es un proceso de interiorización.

Junto con ello, en la línea de la experiencia bíblica de Dios en la historia, Teresa recordará continuamente la bondad y la fidelidad de Dios en su vida, en los pequeños y grandes acontecimientos en los que El habla y se manifiesta.

El Dios de la experiencia teresiana es el Padre de N.S. Jesucristo, que sale a nuestro encuentro en El (*Meditaciones sobre los Cantares 1,11*); que se comunica gratuitamente (*Vida 10,5*); que es la única y suprema verdad (ib. 40, 4) y el ámbito en el que está envuelta la creación (ib. 40,9).

Como en la experiencia bíblica, ese Dios amigo con el cual podemos dialogar, nos exige un amor concreto y eficaz al prójimo.

"Cuando yo veo almas muy diligentes a entender la oración que tienen y muy encapotadas cuando están en ella... háceme ver cuán poco entienden el camino por donde se alcanza la unión. Y piensan que allí está todo el negocio. Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor, y que si ves una enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada de perder esa devoción y te compadezcas de ella; y si tiene algún dolor te duela a tí, y si fuere menester lo ayunes para que ella lo coma..." (*Moradas V 3,11*).

La experiencia teresiana de Dios como único absoluto es un camino de liberación y compromiso, porque lleva a relativizar todo y recuerda la exigencia de un amor eficaz al prójimo como criterio y expresión de la comunión con Dios.

III. SERVICIO A UNA IGLESIA CONCRETA

En América Latina se va abriendo paso cada vez más la idea de una Iglesia considerada como sacramento de liberación y promoción humana, especialmente de los más pobres.

El documento de Puebla presenta a la Iglesia desde la perspectiva de Pueblo de Dios, signo e instrumento de comunión (220-281). La Iglesia inseparable de Cristo, prolongando en la tierra su presencia y acción evangelizadora (222-224). Es una realidad humana, formada por hombres limitados y pobres, pero penetrada por la presencia y la fuerza de Dios (230). "Los ciudadanos del cielo, con su corazón enraizado en Dios mediante la oración y la contemplación. Actitud que no significa fuga frente a lo terreno, sino condición para una entrega fecunda a los hombres" (251).

Pueblo peregrino, la Iglesia camina con la inevitable inseguridad y riesgo. Pero se camina "seguro de que el Señor sabrá convertir el dolor y la sangre y la muerte que en el camino de la historia van dejando nuestros pueblos y nuestra Iglesia, en semillas de resurrección para América Latina" (266).

La Iglesia debe ser para los mismos cristianos un lugar donde aprenden a vivir la fe experimentándola y descubriéndola encarnada en otros. "Del modo más urgente debería ser la escuela donde se eduquen hombres capaces de hacer historia para impulsar eficazmente con Cristo la historia de nuestros pueblos hacia el Reino" (274).

"A través de la acción de cristianos evangelicamente comprometidos, la Iglesia puede completar su misión de Sacramento de salvación haciéndose instrumento del Señor que dinamice eficazmente hacia El la historia de los hombres y de los pueblos" (280; cf. 279-281).

Es proverbial el *amor de Santa Teresa a la Iglesia*. Sus últimas palabras, antes de morir, manifiestan el carácter eclesial de su vida: "Al fin, Señor, muero hija de la Iglesia".

La comprensión del misterio de la Iglesia es gradual en Teresa de Jesús y parte de su experiencia cristológica. Esta experiencia le hace comprender la exigencia de colaborar en la salvación de los demás.

Ciertamente la eclesiología del tiempo de Sta. Teresa era muy diferente de nuestra eclesiología. Entonces predominaba el aspecto jurídico en la concepción de lo que era la Iglesia. Teresa habla de ella en este contexto. La considera como el Reino de Dios en la lucha y se siente miembro de ella, con un papel que desempeñar.

En donde Teresa aparece como modelo para nosotros es en el hecho de servir a la Iglesia de su tiempo participando de sus gozos y esperanzas, tristezas y angustias. Se siente hija de la Iglesia y busca ser plenamente fiel a ella en ese momento histórico de lucha y de división (cf. *Vida* 25, 12-13). Vive encarnada en los problemas de la Iglesia de su tiempo:

"Como veo las grandes necesidades de la Iglesia, que éstas me afligen tanto, que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena" (*Cuentas de Conciencia* 3,7).

La evangelización de América Latina es centro de sus preocupaciones y de su oración. Envidia a quienes pueden dedicarse al anuncio de la Buena Nueva para salvar a los habitantes de "Las Indias" (cf. *Fundaciones* 1,7).

Limitada por la situación de la mujer en aquella sociedad y en aquella Iglesia, se decide a:

"hacer eso poquito que era para mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese, y procurar que estas poquitas (las religiosas del monasterio de S. José de Avila) que están aquí hiciesen lo mismo" (*Camino de Perfección*, códice de Valladolid, 1,2).

Pone, finalmente, como señal de auténtica santidad el servicio evangelizador y el amor a la Iglesia hasta acabar la vida: "¡dichosas vidas que en esto se acabaren!" (*Vida* 40,15).

El estilo teresiano de vivir la dimensión eclesial de la vida cristiana nos invita a vivir encarnados en los problemas de la Iglesia de hoy en América Latina. Una Iglesia, Pueblo de Dios, formada no sólo por la jerarquía y los religiosos, sino también por una red de comunidades en comunión con los pastores. A imitación de Teresa, deberíamos hacer lo que podamos, guiados por un amor eficaz que nos está pidiendo el servicio de una evangelización liberadora.

IV. UNA VIDA DE ORACION COMPROMETIDA

La problemática de la vida de oración constituye un desafío del que está surgiendo una nueva síntesis entre experiencia de Dios y experiencia de la vida.

Cuando comenzó el movimiento de renovación en América Latina, cuando despertamos a la realidad de este continente cristiano con el escándalo de las injusticias sociales que, como dice Puebla, claman al cielo (cf. 87-89), vino un primer momento en el que se vió la oración como sinónimo de alienación.

La espiritualidad de la evangelización está encontrando ahora una síntesis en la que, sin despreciar los tiempos fuertes de plegaria, se pone el acento en la oración como actitud de vida. esta lleva a rezar dentro de la acción evangelizadora y con ella. Se va descubriendo la oración como escucha de Dios para comprometerse con los hermanos. Los tiempos fuertes aparecen en su verdadera dimensión. Son necesarios para que tomemos distancia frente a los acontecimientos. Pero, esos tiempos fuertes deben llevar al compromiso, tanto en la oración personal como en la litúrgica. Puebla es

explícito en esto (cf. 932, 933, 958). El compromiso cristiano se resume en la caridad auténtica. Esta tiene ahora una dimensión política, porque el prójimo necesitado en América Latina no son sólo individuos aislados sino grandes masas. Por ello el amor de Dios debe volverse para nosotros "obra de justicia para los oprimidos, esfuerzo de liberación para quienes más la necesitan". El Evangelio nos hace comprender que "ante las realidades que vivimos no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos y de los estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales" (*Puebla*, 327).

Santa Teresa ha sido llamada "maestra de oración". Esta ocupa un lugar central en su experiencia y en su doctrina.

Es interesante constatar cómo ese diálogo de amistad con Dios —así define Sta. Teresa la oración: *Vida* 8, 5— se transforma para ella en comunión de intereses, en plegaria de intercesión apostólica por la Iglesia y por los hombres, en fuente de obras:

"para esto sirve la oración... de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras!" (*Moradas* VII 4.6).

Hablando a las carmelitas insiste en dar una dimensión apostólica a su vida de oración contemplativa:

"Cuando vuestras oraciones, y deseos y disciplinas y ayunos no se emplearen en esto que he dicho (en pedir por las necesidades de la Iglesia y del mundo), pensad que no hacéis ni cumplís el fin para el que aquí os juntó el Señor" (*Camino de Perfección*, código de Valladolid, 3, 10).

La oración teresiana es una oración que compromete en un servicio eficaz del prójimo (*Moradas* V 3,7). El distintivo del amor de Dios es el amor al prójimo:

"la más cierta señal que... hay de si guardamos estas dos cosas es guardando bien la del amor al prójimo... estad ciertas que mientras más en éste os viereis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios" (*Moradas* V 3,8).

"Quién no lo amare (al prójimo), no os ama, Señor mío, pues con tanta sangre vemos mostrado el amor tan grande que tenéis a los hijos de Adán" (*Exclamación* 2).

En un momento en el que estamos redescubriendo el valor y la importancia de la oración en el trabajo de evangelización liberadora en América Latina, Santa Teresa, "maestra de oración", nos señala con su experiencia y con su doctrina a ser contemplativos en el trabajo de liberación y a hacer de nuestra oración una escucha del Dios amigo que pide de nosotros un compromiso con nuestros hermanos como prenda y garantía de la autenticidad de nuestro diálogo de amor con El.

V. EXPERIENCIA MARIANA EVANGELICA DE PRESENCIA Y CERCANIA

El Concilio Vaticano II volvió a proponer a María como Madre y modelo de la Iglesia. La Virgen ocupa un lugar destacado en la experiencia. Esto lo subrayó el mismo Concilio cuando presentó a María dentro del misterio de Cristo y de la Iglesia como "signo de esperanza cierta y de consuelo hasta que llegue el día del Señor " (*Lumen Gentium*, 68).

La espiritualidad mariana de los pueblos de América Latina aparece destacada en la evangelización. No se trata sólo de la presentación de la figura de la Virgen dentro de la historia de la salvación para alimentar la piedad y el culto marianos. María aparece tam-

bién como modelo para la espiritualidad del cristiano comprometido en la evangelización liberadora.

La exhortación apostólica *Marialis cultus*, del Papa Paulo VI, aporta elementos nuevos con relación a la doctrina conciliar. Entre otras hay que destacar el criterio para interpretar la persona y el papel de María en la historia de la salvación: la situación contemporánea exige una nueva aproximación a los textos bíblicos que nos hablan de María. Desde las concepciones de las ciencias humanas y las variadas situaciones del mundo contemporáneo, María aparecerá como "espejo de las esperanzas de los hombres de nuestro tiempo" (*Marialis cultus*, 37).

El mismo documento describe el papel de María, como mujer admirable y digna de ser imitada en su interpretación de los acontecimientos de su época y en su manera de seguir a Jesús. Ella aparece no como mujer pasiva "o de religiosidad alienante; antes bien, fue mujer que no dudó en proclamar que Dios es vindicador de los humildes y de los oprimidos y derriba de sus tronos a los poderosos del mundo" (ib.).

En las comunidades cristianas de América Latina se está produciendo una interesante renovación de la devoción a María. En ella se destaca de manera especial el canto del Magnificat. María lo entona no desde una situación abstracta de su tiempo. Como la Virgen, los cristianos quieren descubrir la acción de Dios en la historia y como ella cuestionan el orden existente.

El Documento de Puebla señala, de una u otra manera, estos aspectos cuando habla de la Virgen (282-303) y la presenta como Madre y modelo de la Iglesia; como ejemplo de seguimiento de Jesús y de servicio eclesial en América Latina.

María aparece en la espiritualidad de la liberación

como mujer que vivió la fe en las circunstancias dolorosas de la persecución, del exilio, de la pobreza; que no conoció desde el principio los caminos de Dios; que tuvo que caminar, como nosotros, en la fe; que estuvo abierta a Dios y a los hombres; que se preocupó de los problemas concretos, como el de atender a su prima que estaba esperando un hijo, o el de la falta de vino en un banquete de bodas. María proclama que Dios está en la historia de la salvación de partes de los pobres. Ella es la Virgen orante, la que escucha a Dios, la que obedece a su voluntad, la que es modelo de oración.

La vida de Santa Teresa tiene un fuerte acento de marianismo. Su infancia lleva el sello de una profunda experiencia de María. Al quedar huérfana de madre a la edad de doce años acude una imagen de la Virgen para suplicarle que sea su madre (cf. *Vida* 1, 7). Abraza la vida religiosa en el Carmelo, caracterizado por el marianismo. Antes de iniciar la obra de la Reforma de la Orden del Carmen tiene una gracia mariana que le ayude en el proceso difícil de una decisión para el servicio de la Iglesia (cf. *Vida* 33,14) y experimenta la característica de servicio de la Virgen que tiene su obra reformadora (cf. *Vida* 36,24). Más todavía, siente la presencia de María en todas las circunstancias de su vida. En una carta del 14 de agosto de 1578 escribe al P. Jerónimo Gracián:

"Es víspera de nuestra Señora de agosto. En fin, en sus días vienen los trabajos y descansos, como cosa propia"

Coloca a María en la historia y habla de su fe y fortaleza en el seguimiento de Jesús, que lleva a acompañarlo hasta la cruz (cf. *Camino de Perfección*, código Escorial, 4, 1 nota). Subraya la humildad y la pobreza de María cuando escribe a propósito de la presentación de Jesús en su templo:

"Tampoco no veía el justo Simeón más del glorioso Niño pobrecito; que en lo que llevaba envuelto y la poca gente con

El que iban en la procesión, más pudiera juzgarle por hijo de gente pobre..." (*Camino de Perfección*, código de Valladolid 31,2).

En su vida y en su doctrina aparece frecuentemente el recuerdo y la experiencia de los misterios marianos presentados en el Evangelio: el anuncio del ángel, los gozos y dolores de María, su cántico. Pone de relieve, además, el papel de acompañamiento de María en el desarrollo de la vida cristiana desde la conversión hasta la cumbre de la contemplación.

El marianismo en la experiencia teresiana es fundamentalmente evangélico. Por ello va de la devoción a la imitación; tiene expresiones populares de culto, pero se centra en María como modelo de seguimiento de Jesús. Esto nos traza un camino para saber conjugar religiosidad popular mariana con autenticidad evangélica en la imitación de la Madre de Jesús.

VI. EXPERIENCIA EVANGELICA DE LIBERACION

Al presentar la evangelización en el mundo actual, Paulo VI hizo ver, en la Exhortación Apostólica *Evangelii nuntiandi*, la conexión que tiene con la promoción humana el desarrollo, la liberación (30-31).

La experiencia evangélica de liberación no se da sólo a nivel personal y en el campo de la conciencia. Se manifiesta también a nivel de estructuras. Las exigencias cristianas llegan al campo de lo social.

Hemos ido pasando de una insistencia casi exclusiva en la liberación personal del pecado y del egoísmo, a una comprensión de la necesidad de que ella se manifieste en el campo de las relaciones sociales.

El análisis de la situación social y económica de

los países latinoamericanos hizo surgir hace casi 30 años la temática de la liberación. El constatar la dependencia en que se vivía como sistema de opresión suscitó en forma consciente el anhelo de liberación. Se buscaron caminos desde el pueblo. En ellos comenzaron a participar muchos cristianos. Se inició una reflexión teológica sobre el problema dependencia-liberación. Así se fueron descubriendo las dimensiones liberadoras de la fe.

Medellín (1962) habló de la liberación de todo el hombre y de todos los hombres: liberación integral que implica la liberación del pecado y de sus consecuencias sociales y políticas.

Entre Medellín y Puebla, la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* habló también de la conexión, condenando los reduccionismos políticos y religiosos (nn. 27, 30-339).

Puebla (1979) profundizó en el concepto de liberación y la colocó como un eje central del Documento:

"Nuestras iglesias pueden ofrecer algo original e importante: su sentido de la salvación y la liberación" (368).

"Nuestro pueblo desea una liberación integral que no se agota en el cuadro de su existencia temporal, sino que se proyecta en la comunión plena con Dios y con sus hermanos en la eternidad, comunión que ya comienza a realizarse, aunque imperfectamente, en la historia" (141).

Se subraya en muchos lugares del documento de Puebla la dimensión social y política de la fe (cf. 28.41. 515.558). Se afirma con fuerza que "nuestra conducta social es parte integrante de nuestro seguimiento de Cristo (476) y que "la evangelización... busca la conversión personal y la transformación social" (362).

En los números 480-490 se habla explícitamente de lo que es y de lo que implica la liberación en Cristo: es algo integral que comprende las dimensiones, personal, social, política, económica, religiosa y el conjunto de sus relaciones (483). Se va realizando en la historia (ib), pero tiene una dimensión trascendente (475).

El Evangelio tiene en todas las épocas de la historia una fuerza liberadora. El hombre está siempre condicionado de costumbres, estilos de la vida, aspectos culturales y sociales. Muchas veces es esclavo de ellos.

El contacto experiencial con los valores evangélicos tiene una fuerza liberadora que lleva a cuestionar todos los condicionamientos personales y sociales y a percibir caminos nuevos de liberación.

Ciertamente no podemos pedir a Teresa de Jesús que tenga la sensibilidad social que es propia de nuestra época. Sin embargo, su vida y sus escritos son un testimonio de cómo ella, mujer que siente las limitaciones que le impone la sociedad y la Iglesia de su tiempo, llega "liberada por Dios en un proceso de madurez evangélica y espiritual" a valorar con criterios evangélicos la sociedad de su tiempo "llegando incluso a una firme y audaz contestación". "El Evangelio revive en Teresa con acentos de humanismo, de contestación de actitudes antievangélicas, de defensa de los marginados de su época, de compromiso social dentro de sus límites de su "condición" de mujer y de su "estado" de monja" (J. CASTELLANO, *Guiones de doctrina teresiana* 'Castellón, 1981', p. 165).

En la vida de Teresa podemos distinguir tres momentos en este proceso de liberación personal y social: la experiencia de los condicionamientos sociales y eclesiales; la experiencia de liberación en Cristo; las consecuencias prácticas de esa liberación.

Entre los condicionamientos sociales y eclesiales que tuvo Teresa, estaba el familiar de querer encubrir con títulos de nobleza su condición de judeo-conversos. Otro condicionamiento fuerte apareció en el monasterio de la Encarnación donde tuvo la experiencia de la desigualdad social. Experimentó, además, en carne propia la discriminación eclesial y social de la mujer de su época.

De estas y otras "esclavitudes" la liberó el encuentro con Cristo. Al convertirse a El decidió entregarse a su servicio (cf. *Vida* 9,1). Desde esa conversión percibió con nuevos ojos todas esas realidades: honores, riquezas, antifemenismo, y tuvo la osadía de manifestar su desacuerdo no sólo teóricamente sino, sobre todo, a través de opciones concretas y prácticas.

Opta por la pobreza y por los pobres dentro del tipo de sociedad en que vivía. Funda monasterios pequeños y pobres en los que no quiere que se viva de rentas (cf. *Vida* 35, 3-6). Es sorprendente también la intuición evangélica que le hace percibir lo que hoy se llama la "hipoteca social de los bienes". Escribe en las *Meditaciones sobre los cantares*:

"¡Oh, con riqueza!, que si tienen bien lo que han menester y muchos dineros en el arca, como se guarden de hacer pecados graves, todo les parece está hecho. Gózanse de lo que tienen dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes, no son suyos, sino que se los dió el Señor como a mayordomos suyos para que partan a los pobres, y que le han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están padeciendo" (2,8).

Desde la perspectiva de Cristo llega a la convicción profunda de que las relaciones sociales serían pacíficas y fraternales si no hubiera interés de honores y dineros (cf. *Vida* 2,8).

Otra consecuencia práctica de su liberación en Cristo fue la de hablar con "parresía" y defender los derechos de la mujer desde el Evangelio, al comprobar que Jesús estuvo de parte de las mujeres y que éstas habían demostrado mayor amor y fidelidad a Cristo. En la primera redacción del *Caminos de Perfección* (códice de El Escorial) escribió un párrafo que fue suprimido por el censor y que parcialmente puede leerse:

"Pues nó sois Vos, Criador mío, desagradecido para que piense yo daréis menos de lo que os suplican, sino mucho más; ni aborrecisteis, Señor de mi alma, cuando andabais por el mundo las mujeres, antes las favorecisteis con mucha piedad, y hallasteis en ella tanto amor y más fe que en los hombres, pues estaba vuestra sacratísima Madre en cuyos méritos merecemos... lo que desmerecíamos por nuestras culpas... que no hagamos cosa que valga nada por vos en público, ni osemos hablar algunas verdades que lloremos en secreto, sino que no habíais de oír petición tan justa; no lo creo yo, Señor, de vuestra bondad y justicia, que sois justo juez y no como los jueces del mundo, que como son hijos de Adán, y, en fin, todos varones, no hay virtud de mujer que no tengan por sospechosa. Sí, que algún día ha de haber, rey mío, que se conozcan todos..." (4, 1 nota).

Los tiempos no permitieron otros avances y compromisos. Pero Teresa se prodigó hasta donde le permitieron sus fuerzas y las circunstancias del tiempo. Tradujo el humanismo cristiano en sensibilidad social de virtudes evangélicas y de gestos humanitarios. Pero fue más allá de la mentalidad de entonces abriendo cauces para la mujer, contestando viejos prejuicios, subvirtiendo valores, caducos. Su reacción fue creadora" (J. CASTELLANO, o. c., p. 177).

CONCLUSION

Estos acercamientos a la experiencia y a la doctrina teresianas desde la realidad eclesial y social de Amé-

rica Latina nos hace percibir la perenne actualidad de todo aquello que hunde sus raíces en el Evangelio. Santa Teresa, sin dejar de ser una mujer de su siglo, supo unir su experiencia de Dios con un grande realismo humano; sus intuiciones evangélicas con una capacidad creadora. Por ello su estilo de vivir el evangelio conecta con nuestra preocupaciones y nuestras búsquedas.

Una espiritualidad de la liberación encuentra en Teresa de Jesús una inspiración y tres grandes pilares en los que debe apoyarse: la vida "en Cristo" a partir de un encuentro con el Jesús de la historia; la experiencia del Dios vivo, único absoluto; el amor y el servicio a una Iglesia concreta, signo e instrumento de la fuerza liberadora de la Buena Noticia que compromete en el trabajo de evangelización en conexión necesaria con la promoción humana, el desarrollo, la liberación (cf. *Evangelii Nuntiandi*, 31).

(De la revista **VIDA ESPIRITUAL**, de los Carmelitas descalzos, calle 44, Nº 17-63, P.30, Bogotá -Zona1- (Colombia), Nº 99, Enero-Marzo, 1990, págs. 25-36).

"Hay ciertamente un solo sacrificio redentor, pero es todavía mucho lo que le falta a la pasión de Cristo. Y a la resurrección también. La Misa, que es, ante todo, sacrificio, es lugar obvio de esta vivencia cristiana. Un peligro tiene, sin embargo. Atenerse demasiado al carácter del sacrificio de la misa y atenerse de nuevo a su eficacia intrínseca, con independencia de su actualización por la fe del creyente. Es aquí donde se refugian todas las purezas de intención, todas las muertes interiores, que dan paso a la pobreza de espíritu (porque no se quiere tener pobreza de vida) y a la acción puramente profana, ajena al evangelio, pero -según dicen- tomada con pureza de intención. Se prefiere morir en la misa matutina celebrada sin pueblo, o con un pueblo que no participa realmente en ella, antes que morir -conmorir- con la muerte de un pueblo oprimido, en el que no quiere verse realmente la presencia de un Cristo que sigue muriendo. Y es esta muerte de Cristo, hoy histórico, la que debiera vivirse en el sacrificio de la misa".

IGNACIO ELLACURIA